

La rosa cerca del Tabernáculo



Domuspatris.com

Érase una vez, en una pequeña iglesia, una hermosa rosa roja recién cortada. Estaba colocada en un bonito jarrón, justo al lado del Sagrario, entre el Sagrario y la sacristía. Era el lugar más cercano a Jesús.

Todos los días, la gente venía a misa. Pero muchos iban por costumbre, como si fueran de compras. Antes de la misa, hablaban en voz alta de sus vacaciones, de sus negocios, y a veces incluso decían palabrotas. Los abuelos, que deberían haber dado ejemplo, criticaban a todo el mundo. Algunos que iban a misa todos los días tenían rostros tristes y amargos. Lanzaban miradas de reojo cuando alguien leía mal, se burlaban con la mirada y, después de la misa, decían cosas desagradables.

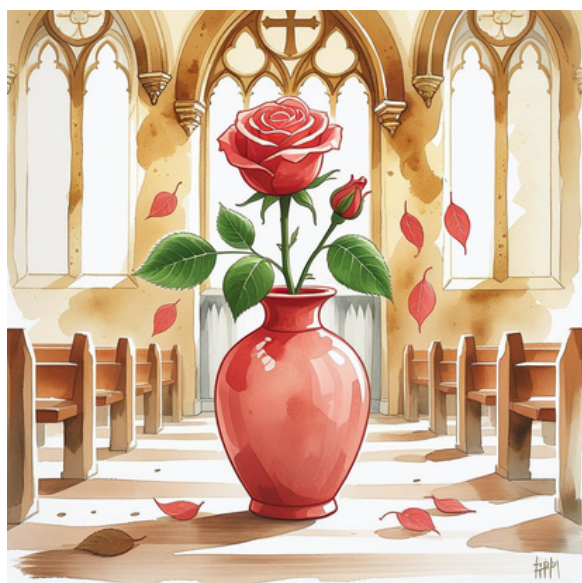
"¿Qué hace ella aquí? ¡No le toca ayudar!" Incluso el sacerdote repetía siempre el mismo sermón, se inclinaba y se arrastraba ante el obispo, pero se enfadaba fácilmente con los feligreses y en realidad no vivía lo que decía.

La pobre rosa lo oyó todo. Cada palabra cruel, cada crítica, cada corazón cerrado era como una gotita de agua fría cayendo sobre ella. Sus pétalos se marchitaron. Inclino la cabeza y se secó lentamente... Estaba muy triste, pues sentía que el corazón de Jesús, tan cerca de ella en el Tabernáculo, estaba herido por toda esa falta de amor. Una tarde, después de misa, el sacerdote estaba a punto de cerrar la iglesia. De repente, un hermoso rayo de sol se filtró por las vidrieras e iluminó directamente la rosa. Durante unos segundos, un maravilloso aroma a incienso llenó el aire. El sacerdote se acercó, asombrado. Miró la rosa marchita y, por primera vez, lo comprendió.



Se arrodilló y lloró:

«¡Señor Jesús, perdónanos! Venimos a ti, pero no te traemos el corazón. Hacemos gestos, pero no amamos de verdad». El domingo siguiente, el sacerdote observó a todos con atención. Vio los chismes, las miradas burlonas, las críticas, los corazones cerrados. Vio que la rosa perdía sus pétalos demasiado rápido, día tras día...



Domuspatris.com

El tercer domingo, oró fervientemente al Espíritu Santo y, por primera vez en mucho tiempo, habló desde el corazón. En su homilía, dijo: “Mis queridos amigos, miren esta rosa cerca del Tabernáculo. ¡Era tan hermosa cuando la cortaron! Pero se está marchitando por nuestra culpa.”

Nuestros pecados le causan sufrimiento: nuestro orgullo, nuestra pereza, nuestras críticas, nuestra falta de caridad, nuestras palabras hirientes... Venimos a misa, hacemos gestos, pero no le entregamos nuestro corazón a Jesús. La verdadera religión no es solo ir a la iglesia por costumbre. Es ser buenos, amables, honestos y llenos de amor, como Jesús nos pide. Los feligreses se conmovieron profundamente. Muchos tenían lágrimas en los ojos. Comprendieron que habían herido a Jesús y a la pequeña rosa.

A partir de ese día, comenzaron a hacer pequeños esfuerzos: empezaron a rezar en silencio antes de la misa, a sonreír a los demás, a dejar de criticar, a decir palabras amables y a ayudar con alegría. Incluso el sacerdote cambió: hablaba con más amor y realmente intentaba vivir lo que predicaba. A la rosa solo le quedaba un pétalo... pero se mantuvo firme.



Domuspatris.com

Luego llegó el Domingo de la Divina Misericordia. El sacerdote abrió la iglesia temprano por la mañana. Al entrar, se quedó boquiabierto: ¡la rosa había recuperado su belleza! Fresca, roja, fragante, igual que el primer día. Todos sus pétalos estaban abiertos y brillantes.

El sacerdote cayó de rodillas y lloró de alegría. Comprendió que Jesús, en su gran misericordia, había sanado la rosa porque los corazones habían comenzado a cambiar.

Y desde ese día, en esta iglesia, les dicen a los niños:

“Cuidad la rosa que está en el corazón de Jesús.”

Cuando venimos a Misa con amor, en silencio, siendo amables y sinceros, la rosa permanece hermosa... y Jesús está muy feliz.



Domuspateris.com

Página para colorear: La rosa cerca del Tabernáculo

